

NEW LEFT REVIEW 124

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2020

	ARTÍCULO	
SIMON HAMMOND	Los movimientos del caballo	7
LOLA SEATON	Reverdecer la nación	47
GÖRAN THERBORN	Sueños y pesadillas	69
GAVIN RAE	El espejo de Polonia	97
ALICE BAMFORD	Matemáticas y movimiento moderno	116
FRANCO MORETTI	Los caminos que llevan a Roma	135
	CRÍTICA	
ALPA SHAH	Para entender a Modi	148
NICK BURNS	Naciones elegidas	156
OLIVER EAGLETON	Generaciones políticas	169

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Yoram Hazony, *The Virtue of Nationalism*, Nueva York, Basic Books, 2018, 304 pp.

NICK BURNS

NACIONES ELEGIDAS

Yoram Hazony se presenta como el líder de una derecha nacionalista estadounidense rejuvenecida: en cuanto promotor y organizador de congresos en Estados Unidos y Europa y en tanto que teórico, que establece un programa para el nuevo movimiento en su último libro, *The Virtue of Nationalism*. El libro puede leerse en dos niveles, por un lado, para comprender su argumento y, por otro, como un indicador de las coaliciones y fisuras de la derecha estadounidense contemporánea. Hijo de un físico nuclear israelí, Yoram se crió en Estados Unidos. Cuando era estudiante de grado en la Universidad de Princeton, a mediados de la década de 1980, fundó *Princeton Tory*, una de tantas revistas estudiantiles thatcherianas-reaganistas que surgían en aquel momento en muchas universidades estadounidenses. Un encuentro con Meir Kahane, miembro de la Jewish Defense League, inspiró a Hazony y a un puñado de sus amigos a retornar a la religión en la que habían sido educados. Después de terminar el doctorado en Rutgers University, Hazony se fue a Israel junto con otros miembros de su grupo, donde trabajó como asesor de Benjamin Netanyahu, gestionó un *think tank* y vivió en un asentamiento al otro lado de la Línea Verde, hasta que el estallido de la Segunda Intifada provocó su mudanza a Jerusalén. Hazony se encontró rápidamente en una postura de oposición implacable frente la opinión dominante en los círculos intelectuales israelíes. El resultado, una crítica feroz del «postsionismo» de la elite del país, tanto confeso como tácito, expresada en su libro

The Jewish State: The Struggle for Israel's Soul (2000), lo proclamó como un prominente intelectual del conservadurismo judío.

En *The Virtue of Nationalism* el proyecto de Hazony es ambicioso: esgrimiendo dos tipos ideales, la nación y el imperio, propone reivindicar el primero. Siguiendo los pasos de su mentor, Steven Grosby, afirma que las naciones modernas representan en realidad el resurgimiento de la forma antigua de orden político exhibida por la antigua nación judía o pueblo judío. El gobierno independiente del pueblo judío se estableció de hecho «bajo los seléucidas» y la teoría de que es preferible un mundo de naciones limitadas y autónomas se postula en el Antiguo Testamento al hilo de sus descripciones de la supervivencia de la nación judía frente a los imperios egipcio y babilónico. La definición de nación de Hazony procede del *Deuteronomio*: «La aspiración política de los profetas de Israel –escribe– no es el imperio, sino una nación libre y unificada que vive en paz y con justicia entre el resto de las naciones libres».

Este nacionalismo debe distinguirse del imperialismo, que promete la paz mediante la unificación de toda la humanidad bajo un único régimen. La cristiandad es la ideología imperial prototípica, pero se trata de una ideología paradójica, puesto que contiene en sí la semilla del nacionalismo bajo la forma de las escrituras hebreas. Hazony traza una historia del nacionalismo en sus eclipses y renacimientos: durante los largos siglos que siguieron a las conquistas de Tito, el principio nacional hibernaba, mientras que los imperios se alzaban y caían, hasta que la Reforma, con su atención al Antiguo Testamento, lo despertó de nuevo. La Guerra de los Treinta Años enfrentó a los paladines católicos del imperio universal con los nacionalistas protestantes y estos últimos se alzaron con la victoria. El nuevo orden protestante se apoyaba en dos principios resucitados del Antiguo Testamento: el primero consistía en un «mínimo moral» necesario para que el gobierno sea considerado legítimo para lo que se requiere que el gobernante obedezca las leyes preexistentes en su reino; y el segundo remitía a la idea de que las naciones que fueran lo bastante potentes como para ganar su independencia tendrían el derecho de conservarla. Aún así, el imperialismo ha demostrado ser tan resiliente como el nacionalismo, siendo el periodo posterior a la paz de Westfalia testigo primero de la apuesta napoleónica por el imperio en el siglo XIX y, ya en el siglo XX, de dos apuestas gemelas ejemplificadas por parte del nazismo y del comunismo. A Hazony no le tiembla la mano a la hora de clasificar a la Alemania nazi entre las fuerzas imperialistas más que entre las nacionalistas: «Hitler –escribe con un aplomo supremo– no era un defensor del nacionalismo».

La Segunda Guerra Mundial, argumenta Hazony, no puso fin al imperio, sino que fue en realidad el momento de la defección al bando imperial de una fuerza que hasta entonces era incondicionalmente nacionalista: Estados

Unidos. La mayoría de las veces el imperialismo estadounidense se designa con otros nombres: el «orden internacional liberal», el «orden basado en el derecho», la «nación indispensable», pero Hazony desprecia esas «expresiones turbias». La crítica se extiende hasta la Unión Europea, cuyo despliegue semejante de eufemismos («soberanía conjunta», «una unión siempre más estrecha») es una mera fachada para un proyecto imperial situado en la tradición católica o alemana. La aparición del término «subsidiariedad» en el derecho de la UE no pasa desapercibida. Pero la UE no es tanto un imperio como un aspirante a serlo: Europa sigue estando bajo el dominio estadounidense, la UE es un «protectorado» de Washington. Hasta que las tropas estadounidenses no salgan de Europa, las ambiciones imperiales del bloque no podrán actualizarse bajo la forma de la dominación alemana del continente europeo. Hazony aplaude el «nuevo nacionalismo» de Reagan y Thatcher, así como la reciente rebelión angloestadounidense contra el imperio: en el caso de Estados Unidos, la retirada de su papel como imperialista liberal; en el caso de Gran Bretaña, la retirada de la Unión Europea.

Hazony propone entonces mostrar cómo las naciones, antiguas y modernas, surgen orgánicamente mediante el desarrollo de vínculos de lealtad entre familias, «clanes» y «tribus». Aun admitiendo el anacronismo de estos términos bíblicos, Hazony insiste en que hoy en día siguen siendo aplicables. La nación se constituye cuando una serie de tribus acuerdan unirse en pro de su seguridad y protección mutua frente a los forasteros. El resultado es el nacimiento de la justicia impersonal según criterios definidos: el «imperio de la ley». Pero la estructura tribal subyacente no desaparece, ni tampoco lo hacen los vínculos de lealtad y las prácticas culturales que las fijan a su lugar. Aquí Hazony refuta implícitamente a Benedict Anderson: la nación no es una comunidad imaginada en sí misma, sino por el contrario una coalición de comunidades más pequeñas que no son imaginadas sino naturales. Se trata de un punto intermedio entre la inseguridad y la justicia personalizada de la tribu y la uniformidad homogeneizadora del imperio. Si los nacionalistas son tribales en comparación con los cosmopolitas, son a su vez cosmopolitas en comparación con los tribales.

Hazony defiende que estas raíces tribales de la nación no se basan por completo en los lazos de sangre y considera que este asunto está zanjado después de citar el ejemplo de Ruth la Moabita. Rechaza dos tendencias del nacionalismo cívico, el «patriotismo constitucional» habermasiano y la noción que flota en el ambiente estadounidense de la nación «confesional» o «proposicional». (No cita a Renan, pero parece igualmente hostil a los conceptos voluntaristas de inspiración francesa basados en el *plébiscite de tous les jours*). Estas nociones niegan el origen específico, histórico y cultural, de la nación, que en el caso estadounidense surge de la *common law* inglés y del protestantismo inspirado en el Antiguo Testamento. Se vitupera el

supuesto universalismo liberal y el fervor revolucionario de Jefferson, mientras que Hamilton es redimensionado ahora como *tory*. Los inmigrantes estadounidenses, como los católicos, deben considerarse «tribus» adicionales, adoptadas en el seno de la familia extensa. Hazony se queda a un paso de respaldar inequívocamente el derecho a una independencia nacional. Exigiendo «frugalidad» en su orden de Estados nacionales y citando limitaciones logísticas, Hazony nos informa con hondo pesar de que muchos grupos, a quienes tal vez les gustaría ser naciones, deben seguir siendo simples tribus dentro de un cuerpo nacional más amplio. Ataca el colonialismo europeo por dibujar las fronteras de lo que son ahora los Estados poscoloniales sin tener en cuenta la división nacional, haciendo que prácticamente sea imposible que allí se desarrolle un Estado-nación libre mediante el consentimiento de los liderazgos tribales. Este es el único momento del libro en el que se menciona una región del mundo que no sea Europa, Estados Unidos o Israel.

Hazony empareja sus tipos ideales con epistemologías rivales: los nacionalistas, nos dice, en general suelen ser empiristas, mientras que los imperialistas son racionalistas. Basándose en el ensayo que escribió en 2017 para *American Affairs* con su *confrère* Ofir Haivry, Hazony contrasta la tradición de los pensadores ingleses del antiguo constitucionalismo (John Fortescue, John Selden, Edward Coke, en general el tema de la monografía de J. G. A. Pocock de 1957, *The Ancient Constitution and the Feudal Law*) con la tradición liberal que se extiende desde Locke, a través de Rousseau y Kant, hasta llegar a Hayek, Mises y Rawls. Elogia a los primeros, especialmente a Selden por su estudio de la ley talmúdica, y los denomina empiristas históricos. Estos pensadores reconocen el carácter específico y contingente del sistema político inglés, único y virtuoso, como también lo hacen sus sucesores conservadores, siendo Burke el más importante entre ellos. Locke también elogió la constitución inglesa, pero cometió el error de tratar de deducirla del consentimiento razonado de los individuos mediante el argumento del estado de naturaleza. La tendencia universalizadora de este movimiento allana el camino al imperialismo liberal, desde la Revolución Francesa hasta el «fomento de la democracia» en Oriente Próximo, puesto que los sucesores de Locke intentaron imponer el gobierno al estilo inglés en sociedades en las que claramente no encajaba o, incluso, amalgamar las naciones del mundo en una única federación. Además, la teoría liberal amenaza los vínculos de la lealtad «tribal» sobre los que descansan las naciones, porque no los reconoce y, en su lugar, se imagina que todas las asociaciones se derivan de un consentimiento individual racional y en interés propio, como si las naciones no fueran más que un acuerdo mercantil.

En la última parte, «Anti-Nationalism and Hate», Hazony argumenta que, si bien algunos nacionalistas desarrollan antagonismos frente a los

forasteros, en general son pacíficos y virtuosos, y que esta tendencia hacia la violencia si acaso es mucho más pronunciada entre los universalistas imperialistas de todo signo. Aunque el ejemplo arquetípico es el antisemitismo cristiano, el capítulo es en buena parte una meditación sobre el antisio-nismo en Occidente. Hazony señala que la opinión pública europea aplica a su país, Israel, un criterio diferente del aplicado a las naciones árabes que lo rodean, porque los israelíes eran antaño europeos. En la lógica de la progresión kantiana desde la barbarie, pasando por el nacionalismo, hasta llegar al cosmopolitismo, los israelíes habrían retrocedido desde el tercer estadio al segundo y merecen que se les culpe por ello. El Estado de Israel, insiste polémicamente Hazony, es o bien «Auschwitz» o «no Auschwitz». Para los israelíes representa el poder político que evitará que tengan que confiar en la buena voluntad de otras naciones para su supervivencia, es decir, encontrarse en el atolladero que generó Auschwitz. Para los críticos europeos, sus Leyes de Retorno y su constitución como Estado explícitamente judío representan el nacionalismo primitivo que generó Auschwitz. La elección entre estas dos alternativas es análoga a la elección general que el libro presenta, entre nación e imperio.

¿Cómo deberíamos evaluar *The Virtue of Nationalism*? Quizá lo más sencillo sea empezar por los capítulos históricos. La fundación del nacionalismo en las admoniciones del Deuteronomio que plantea Hazony le da *carte blanche* para ignorar la literatura moderna sobre el tema; Gellner, Kedourie, Benedict Anderson figuran en una única nota a pie de página. La influencia del Antiguo Testamento sobre el protestantismo se destaca de manera acrítica: la única interpretación de la Biblia que se apunta como que pudiera ser menos que puramente fiel y precisa es la de Locke. Como indican sus diversas citas de *World Order*, de Kissinger, las ideas de Hazony acerca de la importancia de la Guerra de los Treinta Años son deudoras del concepto de «soberanía westfaliana» que, a pesar de los esfuerzos de Stephen Krasner y otros autores, sigue siendo habitual en la versión estadounidense de la teoría de relaciones internacionales, a pesar de que no tenga un fundamento firme en la historia de ese periodo. Se coloca sin ninguna explicación a la Francia católica en el lado protestante-nacionalista y no se mencionan las tendencias imperialistas de los que Hazony considera Estados nacionales en ciernes (Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos), ya evidentes en aquel momento, desde Irlanda hasta el Océano Índico. Tampoco muestra coherencia Hazony con sus propias conclusiones. Los tratados que pusieron fin a la Guerra de los Treinta Años, escribe, «refundaron por completo el orden político». Pero una nota adjunta a esta frase comienza diciendo: «Los tres tratados de Westfalia no anuncian un orden político nuevo».

En una reseña del libro anterior de Hazony, *The Jewish State*, Mark Lilla apuntaba que el autor no sostenía una postura que pudiera reconocerse

como israelí, sino en realidad la del «contraintelectual estadounidense», es decir, alguien de creencias neoconservadoras que no emprende una actividad intelectual *per se*, sino que se enzarza en una «batalla de ideas» con el fin de restaurar o de defender un orden anterior. A diferencia de sus predecesores, Irving Kristol y otros autores, Hazony se habría convertido en un contraintelectual sin haber sido previamente un intelectual. En la «batalla de las ideas» ha habido generales sagaces; Hazony era un soldado raso. En su anterior libro sus limitaciones se veían compensadas por un talento auténtico para los reproches y por un indudable atractivo personal, pero aquí Hazony está obligado a ser un teórico, una tarea en absoluto ajustada a un hombre de sus talentos. Sus diversos intentos de fijar un aforismo ilustran este punto. Dice Hazony: «Una ley de hierro que ha gobernado el funcionamiento de la razón humana es la siguiente: lo que se asume sin discusión acaba por ser considerado una evidencia». Es como decir que lo que se considera evidente acaba por considerarse evidente.

La lectura que hace Hazony del Antiguo Testamento como un programa para un mundo de naciones soberanas pacíficas no es natural: por cada pasaje del *Deuteronomio* que contiene una advertencia divina contra la invasión de otros pueblos por parte de los israelitas hay al menos otra que contiene la promesa divina de «despojar a las naciones más grandes y poderosas que tú» para dar a los israelitas «su tierra en propiedad» (4:38), para que «moren en sus ciudades y sus casas» (19:1-2), destruyan sus altares y «pilares de culto» (7:5). Estos no son actos propios de una nación pacífica y limitada, pero se justifican en el caso de los israelitas porque proceden de una orden divina. Si se cambiaran los papeles, los invasores serían divinamente castigados. Es difícil, por lo tanto, leer el texto como si este describiera una teoría normativa de las relaciones internacionales que aplica las mismas reglas a todas las naciones. La lectura resueltamente política de Hazony del Antiguo Testamento despliega conspicuamente mucha menos preocupación por los temas religiosos en sí mismos considerados que la obra del «ateo» Rousseau. Ello recuerda la monografía anterior de Hazony acerca de la filosofía de las escrituras hebreas, que está plagada de analogías simples con la filosofía griega y marcada por una tendencia a abstraerse de la afirmación central del carácter escogido de Israel. La categoría bíblico-política que maneja Hazony de «tribus y clanes», como un intento de otorgar al Estado-nación un carácter natural y no artificial, que pone de relieve los organismos intermedios entre el individuo y el Estado, tiene un cierto encanto tocquevilliano. Pero una cosa es apuntar la existencia de una serie de contornos permanentes en política y otra proyectar una idea de estructuras sociales primitivas, pertenecientes a un reino agrario de unos pocos cientos de miles de habitantes, directamente sobre las sociedades modernas y suponer que esto va a generar una teoría con potencial explicativo.

Y, ¿qué ocurre con la crítica efectuada por Hazony de la teoría liberal clásica? Nuestro autor propone una «filosofía del orden político» supuestamente anterior a la «filosofía del gobierno» griega y desprovista de las falacias de la teoría liberal. «La debilidad permanente de la filosofía política procedente de Hobbes y Locke», insiste Hazony, es el carácter central otorgado a «los cálculos de los individuos que consienten». Sin embargo, su propio relato comienza con lo individual. Los individuos, dice, pueden decidir unirse a instituciones, como las tribus o los clanes (que en apariencia ya existen previamente, aunque él afirma demostrar cómo se originaron). Hay tres posibles razones que pueden provocar que los individuos tomen esta decisión: el miedo, la esperanza de lograr alguna ventaja o, y es el mejor caso, la «percepción como propios de los intereses y los fines de la institución». Esto equivale a decir que si alguien elige una institución porque sus intereses se juzgan idénticos a los intereses propios, este individuo toma la decisión por su propio interés. La «lealtad» a lo colectivo, que tanto alaba Hazony, surge de acuerdo con su opinión de un consentimiento individual racional y en interés propio, de la misma manera que ocurre en el caso que plantea Locke. Lo único que Hazony ha conseguido ha sido introducir un paso intermedio en la formación del Estado mediante el contrato social: esto es lo único que en último término son sus «tribus y clanes». Hazony llama «anarquía» a la condición libre pero inestable del mundo antes de la formación de la nación, pero haría mejor en llamarlo por su nombre: el estado de naturaleza de Locke en el que el castigo de los delitos aún no se ha despersonalizado. Como si esto no fuera suficiente, Hazony describe explícitamente como un contrato social la formación del Estado mediante el consentimiento voluntario de los líderes «tribales». Despejando cualquier duda sobre su escasa consciencia del poco terreno recorrido en el curso de su crítica de la teoría liberal, Hazony pide con desenfado al lector que compruebe lo «distante» que se halla su análisis «de la fundación del Estado tal y como se describe en las teorías de Hobbes y Locke».

No se aduce ninguna teoría de este tipo para explicar el origen del imperio. Hazony apunta a que los imperios predicán el amor a la humanidad, pero que de hecho dependen de una lealtad interna en contraposición con el otro, con el no converso. (Las naciones de Hazony también dependen, según dice, de la lealtad conformada en oposición al otro). También señala que todos los imperios se constituyen para favorecer a la nación original de la que proceden. La noción implícita de que un imperio es una nación que salió mal, que es una nación que ha propasado sus fronteras, es una amenaza mayor para el sistema de Hazony de lo que él parece reconocer: apunta a que su requerimiento a las naciones para que no interfieran en los asuntos de otras naciones no puede defenderse por sí mismo. El rechazo de la ciudad-Estado –incompatible con su marco teórico– y el pensamiento asociado a esta le impide abordar el

argumento de Maquiavelo: que el único medio realmente fiable para asegurar la seguridad de un Estado es buscar la *grandezza*. Por la misma razón, Hazony no tiene apenas nada que decir sobre la organización interna de los «Estados nacionales», es decir, sobre el tipo de régimen. Para evitar el término «democracia» se dedica a dar vueltas inútiles en torno a Mill: un «Estado libre» es aquel en el que «la cooperación de los gobernados se otorga voluntariamente al gobierno». Aquí subyace una diferencia clave entre la crítica de Hazony al imperialismo liberal y las críticas desde la izquierda, que insisten en las ideas de la autodeterminación democrática.

El segmento de los lectores de Hazony mejor equipado para criticarlo en este terreno son los seguidores de Leo Strauss, pero las reglas de la secta les prohíben hacerlo abiertamente, puesto que Hazony defiende un orden que ellos también desean conservar. (El tono de la reseña de la *The Claremont Review of Books*, la revista que acoge el straussianismo de la Costa Oeste, es significativo). Merece la pena sopesar cuáles serían probablemente sus objeciones tácitas. Los straussianos son conocidos por combinar una defensa exterior de la nación y de sus leyes con un desprecio interno, autoconscientemente filosófico, de tales cosas, supuestamente derivado del desprecio de Platón por la democracia ateniense. La obra de Hazony, que no tiene nada de la distancia que ellos cultivan, necesariamente debe parecerles reflexiva y no filosófica. No plantea «la cuestión del mejor régimen»; no se pregunta si las tradiciones que hay que defender son buenas, ni si «la familia, el clan o la tribu» merecen la lealtad que exigen. Se basa, como ellos dicen, en la opinión más que en el conocimiento. Los straussianos son demasiado precavidos como para afirmar que el liberalismo y el comunismo son comparables, aunque ellos sí creen que lo son, y son lectores demasiado minuciosos de Maquiavelo y Rousseau como para suponer, como lo hace Hazony, que debe existir un pueblo unificado antes de que haya unas leyes y un Estado que los gobierne. Afirmar esto es malinterpretar el papel del legislador, que es crear un pueblo al mismo tiempo que se definen sus leyes. Moisés tenía un nombre egipcio, pero su texto disfraza ese hecho. (Esta postura es de hecho más compatible que la de Hazony con las posiciones de Gellner y Anderson).

Hazony rechaza la lectura straussiana de Rousseau en una nota a pie de página, confirmando el desacuerdo, pero también recordándonos que es una lástima que él no parezca haber prestado ninguna atención a su Rousseau. Si lo hubiera hecho, habría reconocido una influencia en su súplica anticosmopolita por la paz entre las naciones, algo también señalado por Lilla. Los straussianos discrepan de la afirmación de Hazony de que el material recogido en la Biblia hebrea contiene la «primera gran obra» de la «tradición política occidental»: para los straussianos esa distinción le corresponde a los *Diálogos* de Platón. Incluso si los textos de la Biblia hebrea precedieran

cronológicamente a los textos de la antigüedad griega (un tema a debate), serían genealógicamente segundos y filosóficamente secundarios.

La reacción de los straussianos nos recuerda que el libro de Hazony se dirigía a un estamento intelectual conservador estadounidense dividido tras la elección de Donald Trump. Después de 2016, con amplias franjas de ese estamento orientadas por una postura crítica hacia el presidente, se había abierto una vía para efectuar una nueva disposición rebelde que pueda tomar inspiración de aspectos del fenómeno Trump, con o sin la incorporación de su figura. Algunos straussianos de la Costa Oeste, como Michael Anton, conversos tempranos, veían a Trump como la oportunidad para arrebatar el control de la nave estatal estadounidense a los progresistas que la habían secuestrado. En el mismo periodo, una nueva revista política, *American Affairs*, empezó a publicar osadas propuestas para las agencias del gobierno, mostrando así el potencial de una derecha estadounidense liberada de la camisa de fuerza del libre comercio y del libre mercado. Especialmente en la derecha religiosa, donde siempre hubo algunas tensiones entre la posición «fusionista», que amalgama el conservadurismo tradicionalista y el social, emergía un nuevo temperamento: orgullosamente nacionalista, crítico de las guerras extranjeras, pero implacable con China, profundamente resentido por el pacto conservador sobre «temas sociales» como el aborto y los derechos homosexuales, crítico de la teoría liberal clásica, agnóstico en el tema del libre mercado. Fue un católico quien produjo la primera obra destacada de este nuevo movimiento que empezaba a llamarse «posliberal». El profesor de Notre Dame, Patrick Deneen, asumió el papel de un Tocqueville cínico en *Why Liberalism Failed* (2016), aunque sin la potencia de análisis sociológico de este. La atomización de la sociedad estadounidense y los estragos de la desindustrialización estaban, escribía, predeterminados por la fundación liberal de la nación. El libro se criticó desde la derecha defensora del libre mercado y se elogió desde la derecha religiosa: se abrió un abismo entre *The National Review*, el venerable órgano fusionista, y *First Things*, la peleona revista abanderada de la derecha religiosa. En este contexto, Hazony y su libro representaban algo así como una rama de olivo. Hazony afirmaba criticar a Locke, pero, como ya hemos visto, en realidad no se apartaba de él; en lugar de rechazar la fundación estadounidense, afirmaba simplemente preferir a Hamilton por encima de Jefferson. El libre mercado se afirmaba, pero no de manera dogmática (la vieja postura neoconservadora, los «dos brindis» de Kristol). El movimiento posliberal había desafiado el conservadurismo estadounidense desde la perspectiva de la derecha: Hazony pretendía únicamente reafirmar un «nacional-conservadurismo» fuerte.

Así las cosas, el libro de Hazony fue recibido amistosamente tanto en la órbita de Deneen como en la *National Review*. Solamente Samuel Goldman pulsó una nota claramente contraria en *Modern Age*. Ignorado por buena

parte de la prensa liberal, con la excepción de *New York Magazine*, la revista conservadora de la casa, y por *The New Republic*, fue galardonado como «Libro conservador del año» en 2019 y se ha convertido en una lectura obligada en los círculos de extremo centro. El estatus de Hazony como un israelí de formación estadounidense también jugó un papel importante en la recepción del libro, puesto que la valencia israelí en la derecha estadounidense está mutando. Muchos de sus críticos «paleoconservadores» de antaño han acabado por creer que Israel posee muchas de las cualidades que se echan de menos en la sociedad estadounidense: una juventud de derechas, una alta tasa de natalidad, despliegues religiosos bien acogidos en la «plaza pública», un robusto sentido de destino nacional. Solamente Israel tiene lo que cualquier país necesita para sobrevivir: «Dios y enemigos». ¿En quién vamos a confiar más sobre el tema del nacionalismo que en un ciudadano de la nación por excelencia? Hazony se encontraba en la envidiable posición de estar, desde su perspectiva privilegiada en Jerusalén, mucho menos obligado a respetar a las vacas sagradas habituales de la derecha estadounidense a la vez en posesión de un conjunto altamente seguro *de bona fides* conservadora. Establecido como un intelectual en general aceptable, abanderado de la nueva disposición, Hazony empezó entonces a organizar eventos en su propio nombre. Ya era un emprendedor intelectual en serie. Además de su *Princeton Tory* y del Shalom Center, un *think tank* que transformó en la primera universidad de ciencias, artes y humanidades al estilo estadounidense en Israel, estaba *Azure*, una revista ya desaparecida; y, finalmente, el Herzl Institute, otro *think tank*. Su última iniciativa es la Edmund Burke Foundation, que dirige en coordinación con R. R. Reno, editor de *First Things*, y Christopher DeMuth, antiguo presidente del incondicionalmente neoliberal American Enterprise Institute. Esas dos figuras son un indicativo de cuáles son las fuentes que apoyan el nuevo nacional-conservadurismo: intelectuales católicos, que durante mucho tiempo han tenido sus reservas acerca de la relación existente entre el capitalismo y la atomización social; y veteranos del movimiento conservador, aparentes conversos del libre mercado.

En los últimos años, Hazony ha organizado una serie de congresos bajo la bandera del «nacional-conservadurismo». El primero de ellos, celebrado el verano de 2019, estuvo protagonizado por dos potenciales candidatos presidenciales asociados con el movimiento, el senador por Missouri, John Hawley, y el presentador de las noticias de la Fox, Tucker Carlson, y atrajo a una multitud de medios, recibiendo una cobertura detallada por parte de Thomas Meaney en *Harper's*, especialmente después de que una de las oradoras, una profesora de Derecho llamada Amy Wax, apuntara que los conservadores no debían refrenarse a la hora de defender una política de inmigración que privilegiara a las personas blancas. Hazony salió en defensa de Wax, argumentando que sus observaciones habían sido

malinterpretadas. Pero no deberíamos concluir que Hazony no tiene enemigos en la derecha. Su distinción entre el nacionalismo alineado con el protestantismo y el judaísmo, y el imperio alineado con el catolicismo es útil como guía heurística para navegar por los argumentarios de los «críticos del liberalismo» procedentes de la derecha estadounidense. Mientras que los seguidores de Hazony incluyen a católicos como Reno, Deneen y J. D. Vance, en su libro la Iglesia es el principal malvado y, por lo tanto, no es sorprendente que la facción más ultramontana, los «integristas», lo desprecien y consideren que su nacionalismo es idolatría. Su apelación, que remite al francés *intégriste*, indica un tipo más familiar en la Europa católica que en Estados Unidos. Liderados por una vanguardia compuesta por un monje cisterciense bloguero y un profesor de Derecho de Harvard llamado Adrian Vermeule, exigen que el poder temporal del Estado quede subordinado al poder espiritual de la iglesia. Vermeule, un especialista en Derecho Administrativo, fue, antes de su conversión, un exponente de la teoría del «empujón» de Cass Sunstein. Esta teoría, que enfatiza la tentación del hombre para errar y la necesidad de que haya expertos benevolentes que lo guíen amablemente hacia su propio bien, ya tiene un cierto sabor católico. Se trata de una disposición que Vermeule ha integrado suavemente, por así decirlo, dentro de su nueva fe, mezclando hábilmente como *felix culpa* un sentido del liberalismo heredado de De Maistre con un weberianismo tácito, que entiende que la doctrina de la Iglesia es un «valor» que puede insertarse como cualquier otro dentro de la ecuación burocrática: sacramentos en lugar de impuestos sobre los refrescos. El «Estado administrativo», las agencias del poder ejecutivo dotadas con amplios poderes de interpretación legal, que en otras circunstancias sería la pesadilla de los conservadores estadounidenses, es ahora, a ojos de Vermeule, un blanco primordial para la infiltración de los paladines católicos. Adecuadamente aprovechada, puede desplegarse para abrir las puertas de la inmigración católica, para prohibir el aborto, la pornografía y la blasfemia, para redistribuir los ingresos y para fomentar la verdadera fe, mediante la espada si ello es necesario. Para garantizar todo esto, no habría que reescribir la Constitución, sino únicamente reinterpretarla, siendo la cláusula del «bienestar general» un adecuado caballo de Troya para el tomismo. Pronto Vermeule tendrá la oportunidad de constatar hasta dónde puede llevarle su método: mientras redactamos está reseña está a punto de recibir un nombramiento para un comité de buenas prácticas, la Administrative Conference, dentro de la burocracia de la administración federal.

Una segunda conferencia sobre el nacional-conservadurismo se celebró en Roma a principios de febrero de 2020, coincidiendo felizmente con la publicación de la traducción italiana de *The Virtue of Nationalism* y, menos felizmente, con los primeros casos de coronavirus en Italia: un par de turistas chinos alojados en un hotel de la Via Cavour (no lejos de la sede

del congreso). Hazony intentaba ampliar su influencia en Europa y, junto con sus coorganizadores, había reclutado una serie de figuras euroescépticas y de derecha, entre ellas Marion Maréchal, la niña bonita de la derecha francesa, y Viktor Orbán, últimamente el estadista favorito de los nacional-conservadores estadounidenses. El título del congreso, «Ronald Reagan, Juan Pablo II y la libertad de las naciones», apuntaba al intento de Hazony de adaptar, aunque fuera ligeramente, los estribillos familiares de la Guerra Fría a su propio lenguaje de imperialismo y nacionalismo. Los soviéticos habían sido derrotados por Reagan y Thatcher de forma que las naciones de Europa pudieran ser libres, pero ahora su libertad estaba una vez más amenazada por la Unión Europea. Se intentaba también hacer las paces con los católicos, como sugería el lugar donde se celebraba el congreso y su dedicatoria: Hazony alababa ahora a la Iglesia como un baluarte contra el imperialismo soviético.

Pero la Guerra Fría ha perdido gran parte de su poder como fuerza unificadora de la derecha y los conferenciantes podían no estar de acuerdo con el relato de Hazony. Orbán se negó a alabar al Papa (Orbán es calvinista) o a Margaret Thatcher (tuvieron desacuerdos acerca de Yugoslavia) e insistió, como era de esperar, en que Hungría tenía que trazar un rumbo independiente dentro de la Unión Europea en lugar de abandonarla. Es posible que Hazony se sienta aún reaganita, pero los veteranos del gobierno de Reagan que llegaron desde Washington no podían unirse a su denuncia de la OTAN como un proyecto imperial, ni siquiera de la Unión Europea, a la que habían dado la bienvenida en el momento de su creación. En cuanto a los católicos, el escritor y congresista polaco Ryszard Legutko, a quien Vermeule elogia con pasión por su libro *The Demon in Democracy* (2016), no ayudó a mejorar las cosas cuando repitió ante los espantados reaganitas la tesis de su libro de que la democracia liberal y el comunismo son regímenes similares. Mientras tanto, la agenda general del nuevo nacional-conservadurismo parecía desvanecerse. El primero de los congresos de Hazony había acogido la adopción de una «política industrial» estadounidense, una ruptura clara con la ortodoxia económica conservadora, pero ahora Christopher DeMuth, el coorganizador con Hazony, se quejaba del abandono de la «restricción fiscal» en Estados Unidos y Gran Bretaña.

Para que un movimiento rebelde dentro del conservadurismo estadounidense arraigue debe llegar a mucha gente, pero no ser tan ecuménico como para volver al justo medio. Hay que hacer sacrificios estratégicos de puntos del programa. Bajo la dirección de Hazony, el tema más fructífero intelectualmente del movimiento, la heterodoxia económica, tal y como se explora en las páginas de *American Affairs*, puede ser lo primero de lo que se prescinda. A Hazony claramente no le interesa el tema, un hecho que sus gestos ocasionales hacia un «nacionalismo económico» elemental no

pueden disimular. ¿Qué sobrevivirá en este proceso de transformismo? Hazony vitorea a los euroescépticos desde la distancia, pero no desea seriamente que las tropas estadounidenses se retiren de Europa. Y, sin duda, no exige un cambio en la política estadounidense hacia su propio país. Ni siquiera es un halcón para China de forma conspicua. El poso que deja es, en buena parte, un conjunto de proclamas familiares e inertes, todo hay que decirlo, acerca de la autoestima nacional estadounidense, así como manifestaciones públicas en torno a la religión. Cuando los católicos de la nueva derecha radical dicen que no hay nada que ellos puedan valorar en la teoría liberal o en el régimen liberal hay que darles crédito, pero no puede decirse lo mismo de Hazony. Si el liberalismo tuviera únicamente enemigos como él, no necesitaría amigos.